

problemas estructurales de la comunicación

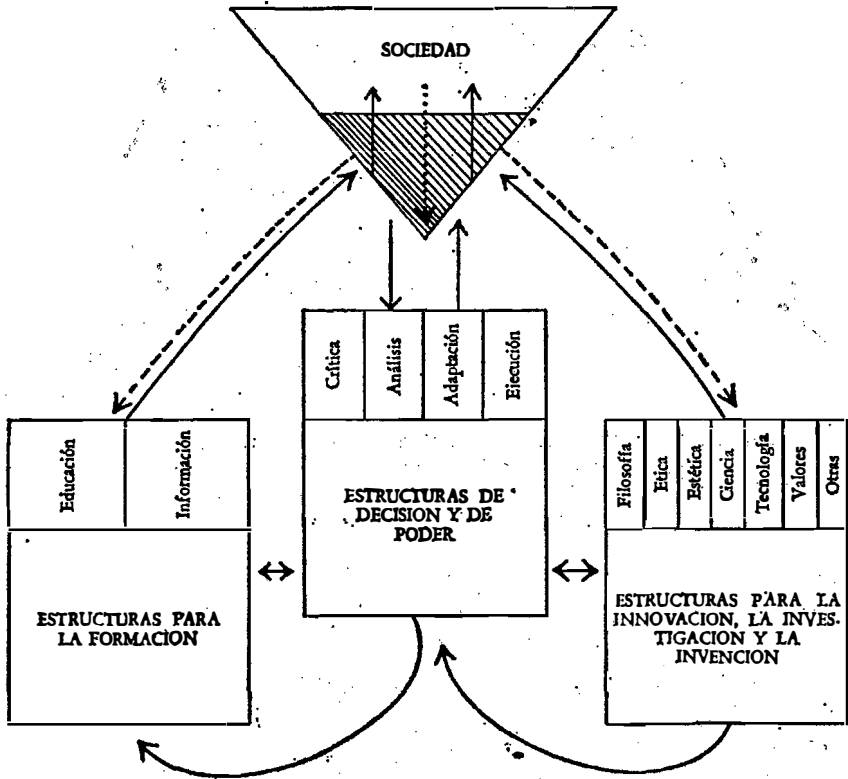
*POR MARCO ORDOÑEZ,
Director Técnico de "CIESPAL"*

Para delimitar el tema de la dependencia cultural y establecer su relación con los problemas estructurales de la comunicación colectiva, utilizaré un modelo de la sociología de la cultura, desarrollado sobre la base del propuesto por Joffre Dumazedier, de la Universidad de París.

Según ese modelo, en las sociedades existen sistemas o estructuras institucionalizadas, de innovación, investigación o de invención, de las cuales proceden los avances de las ciencias, las técnicas, las ideologías, los nuevos conceptos éticos o estéticos y las normas o valores que determinan los patrones de comportamiento. Esas estructuras, cuentan con el soporte o se asientan sobre la base del desarrollo económico y cultural de la respectiva sociedad y pueden producir en ellas las innovaciones que generan como efecto final, el desarrollo cultural, bienestar material, incrementos de la productividad y del consumo, progreso, en fin, para la respectiva sociedad.

En un segundo campo operan los centros de crítica o análisis y adaptación y ejecución, formados por grupos humanos con capacidad de decisión que son los primeros y a veces los únicos, que reciben las nuevas producciones de la ciencia y la tecnología y los nuevos valores; grupos de poder que, adicionalmente, pueden manipular esos frutos del intelecto humano. Esas estructuras de decisión modifican las invenciones, alteran las nuevas corrientes para acomodarlas a la

MODELO DEL PROCESO CULTURAL.



sociedad, a sus valoraciones tradicionales, a los patrones de comportamiento. En esos centros ocurre una depuración de las nuevas ideologías, la adaptación de las ciencias de los patrones éticos y estéticos a las necesidades reales o aparentes de la sociedad. Culturalmente son mandos medios ubicados entre el innovador y el inventor y la sociedad y son generalmente, como queda indicado, operadores del poder público.

Todas esas manifestaciones culturales luego de haber pasado por ese filtro de crítica, análisis y adaptación, llegan hasta la sociedad, preferiblemente por medio de la comunicación, vertida por dos diversos canales bien diferenciados: la educación y la información colectiva; llegan a la sociedad o las diferentes clases y escalas sociales, según el grado de eficacia de los mecanismos educacionales y de transmisión de la información. Aunque en muchas oportunidades los centros de decisión y de poder, reservan para sí el conocimiento, o los adelantos de la tecnología y la ciencia, para utilizarlos como instrumentos de dominio o de afinamiento del poder.

La sociedad sufre el impacto de las innovaciones, de los adelantos tecnológicos, de las nuevas ideologías —cuando éstas han sido transmitidas, desde luego— y adopta nuevas actitudes que crean las nuevas circunstancias, las que a su vez motivan o impelen a los intelectuales ubicados en las esferas de la creación y la invención, para que prosigan con su acción productiva.

Si aceptamos las abstracciones que supone el modelo, podremos descubrir que el papel de la comunicación es trascendente en todo el proceso de la cultura y que tiene importancia fundamental en la sociedad misma. “No pretendo que el sociólogo ignore la existencia y compleja naturaleza de las comunicaciones en la sociedad, pero hasta hace muy poco tiempo, tendía a menospreciar su importancia como aglutinante de toda la urdimbre,” afirma, no sin razón, Norbert Wiener en su libro “Cibernética y Sociedad” (Editorial Sudamericana, Colección Índice, Pág. 26) destacando justamente el valor decisivo de la comunicación. Nótese que aunque se admiten procesos institucionalizados de información, no deja de ser cierto el hecho de que la comunicación opera en todos los campos y en todas las etapas del proceso cultural.

Infortunadamente, el modelo puede ser válido, exclusivamente, para las sociedades denominadas industriales, o con más ajuste a la realidad, para los países colonialistas o centros internacionales de decisión.

Pretendo demostrar que en los países colonializados o dependientes, en los llamados países subdesarrollados, el proceso cultural no se cumple en las mismas condiciones. Por el contrario, el grado de dependencia ha llegado a tales extremos, que las sociedades de economía primaria, se han convertido en simples consumidores de las creaciones e invenciones de las sociedades industrializadas de las cuales son dependientes, pagando por ello grandes costos económicos y sociales.

Así tenemos que en el primer sector del modelo cultural propuesto, se ubican los sistemas o estructuras de investigación, innovación o invención. Tales centros prácticamente no existen en nuestros países, o son de un desarrollo tan in-

ciente que su acción es incompatible con las demandas de la sociedad. Este hecho nos obliga, hasta cierto punto, a utilizar el conocimiento científico que se produce en la nación metropolitana; nos coloca en la situación de pagar por la transferencia de toda la tecnología o de casi toda la tecnología que aplicamos en nuestras sociedades. Copiamos los modelos de comportamiento y ajustamos la acción, la planificación, el ejercicio del poder, la actividad política, a las ideologías, comportamientos, modas, usos y costumbres de la nación patrona.

El problema se torna más grave cuando tenemos que llegar a la conclusión de que la sociedad colonialista transfiere únicamente lo que resulta conveniente para su propio desarrollo y sólo bajo la condición del pago, de la obtención de utilidades económicas o políticas que puede extraer de nuestras sociedades.

No se trata del infantilismo de suponer que el país colonialista obra sujeto a tales métodos por malignidad deliberada. Que por un lado están los malos y por otro los buenos. Que hay un blanco y negro definidos. Sería erróneo y arbitrario. Pero en el balance general de los claros oscuros, la situación es real. La dependencia existe, impuesta por los imperativos de un sistema que se ha edificado bajo el concepto de dominación y utilidad.

Lo que resulta dramático es que el famoso "gap" —la brecha tecnológica, científica y económica— aumenta, se ahonda, marcando aún más la tendencia y fortificando el vínculo de dependencia con los centros metropolitanos. Y si eso resulta dramático, es trágico que no seamos capaces de crear nuestros propios valores, nuestros propios sistemas, de que no impulsemos en la medida de lo deseable nuestra propia tecnología y que no fijemos limitaciones claras y una selección precisa de las tecnologías y de los valores culturales que obligadamente tenemos que trasladar a nuestras sociedades.

Peró eso no es todo. En el segundo sector del modelo cultural propuesto, están los centros de decisión, las estructuras de poder. Bajo esa denominación se incluyen los grupos de presión económica y política, que tampoco responden a las necesidades de nuestras sociedades. Son, generalmente, los grupos elitarios beneficiarios del sistema de dependencia, los intermediarios entre los centros de decisión internacional y las masas despauperizadas de los países latinoamericanos. Esos grupos reciben las innovaciones, las nuevas tecnologías, las creaciones, los valores, los gustos —incluso las posiciones éticas y estéticas— y las trasladan a la sociedad, luego de los procesos críticos y de acomodación a sus propias necesidades. Cuando se encuentran ubicados o manejan el poder, utilizan sistemas de planificación, copian modelos de desarrollo económico, político, social, doctrinas y normas, que no corresponden a la realidad de nuestros países y menos a los objetivos que los Estados latinoamericanos deberían perseguir. De lo contrario, son los propietarios de los medios de producción y los servicios, que utilizan la técnica, el conocimiento, para incrementar sus utilidades empresariales, principalmente para obtener el control de ciertos factores claves de la economía o de la política, para finalmente alcanzar el poder, desde donde pueden ejercer un control más estricto, establecer una dosificación más cuidadosa de las innovaciones e imponer los patrones culturales, los sistemas educativos y los sistemas de información más apropiados para sus fines.

En el tercero de los sectores están ubicadas las estructuras de formación del hombre, de preparación del elemento humano que se supone debe estar capacitado de modo suficiente para cumplir un rol en la sociedad, para subsanar las necesidades primarias e intelectuales de su propia existencia.

Todos nosotros conocemos cuáles son los sistemas educativos en vigencia en América Latina. Programas caducos que persiguen un supuesto humanismo que rara vez tiene que ver con la realidad actual. Un humanismo que no se compaginaría ni siquiera con las necesidades y problemas del siglo XVIII. Una ciencia de museo, una acumulación de conocimientos obsoletos. Ciencia y filosofía anecdotarias, secuela y herencia, en gran parte de una civilización decadente, que se aferra al pasado y que pretende revivir en la narración de hechos circunstanciales. Alumnos que después de 18 años de "estudios sistemáticos" abandonan las aulas sabiendo más anécdotas que matemáticas o ciencias. Desde luego, hay excepciones, existen universidades e institutos científicos de gran valor, pero justamente por ser excepciones, no modifican el cuadro general de la educación en la región.

Esos métodos educativos son impuestos por nuestros sistemas de poder, o por lo menos no pueden ser modificados por los grupos elitarios que nos gobiernan. La situación es obvia, las sociedades dependientes no necesitan ser cultas, sino en la medida en la que puedan convertirse en consumidoras de la producción industrial, en la medida en la que puedan crear las expectativas y apetencias que las obliguen a buscar ciertos grados de confort, que solamente se alcanzan consumiendo, comprando lo que producen los centros metropolitanos o sus intermedios, los fabricantes locales. Todo esto que parece una ironía o una falsedad, lo podemos escuchar y leer todos los días. Se afirma por ejemplo; el indio tiene que alfabetizarse, tiene que educarse para que se convierta en objeto de abastecimiento de la industria. No hay crecimiento industrial sin crecimiento del mercado. Para el sistema, el indio, su cultura, su propia personalidad, su desarrollo biológico e intelectual no interesan. Lo que interesa es que el indio compre. Desde otro punto de vista, hace falta conceder cierto grado de educación a la gente para que pueda aumentar su capacidad de producción. El ser social, el hombre, carecen de importancia y eso ocurre en una pretendida democracia capitalista que se proclama y supone defensora de la dignidad del hombre. Pero no exclusivamente, porque el mismo fenómeno se registra en los sistemas totalitarios o de economía centralmente planificada, como los califica el eufemismo.

Por último, para concluir con el análisis del modelo, permítanme, hacer unas breves consideraciones sobre lo que ocurre, dentro del proceso cultural, con la información colectiva. Acudiré nuevamente a las palabras de Norbert Wiener para precisar los conceptos de la información. "Damos el nombre de información al contenido de lo que es objeto de intercambio con el mundo externo, mientras nos ajustamos a él y hacemos que se acomode a nosotros. El proceso de recibir y utilizar informaciones consiste en ajustarnos a las contingencias de nuestro medio y de vivir de manera efectiva dentro de él" y agrega "Vivir de manera efectiva significa poseer la información adecuada. Así, pues, la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida interior del hombre, tanto como de su vida social". (Cibernética y Sociedad, Editorial Sudamericana, pág. 17). El au-

tor se refiere a la comunicación en general, como es evidente, pero resultan muy importantes sus expresiones si las circunscribimos al campo de la información colectiva exclusivamente, para demostrar cuanto más necesaria se torna la información para que los individuos adopten patrones de comportamiento que les permitan subsistir social y personalmente. Vivir con eficacia, es en otras palabras, participar plenamente de la sociedad y de los beneficios que ella puede otorgar y poseer una vida interior que permita la plenitud del hombre.

Disponer de "información", por lo tanto, es un hecho circunstancial, un acto gratuito o un asunto eventual. Su naturaleza es vital. Fija los moldes y las normas de comportamiento de los individuos y por lo mismo de toda una sociedad.

Pero analicemos ahora cuáles son los mecanismos existentes para difundir la información. En muy pocas oportunidades se ha transferido tan completamente la tecnología necesaria de los centros industrializados a los países dependientes. Disponemos de grandes rotativas, de trasmisión por vía satélite, de televisión en negro y blanco y en color, de los más acabados sistema de radiodifusión. En este caso el problema de la comunicación, no es de medios técnicos, éstos existen y sobradamente. El problema verdadero radica en quienes manipulan esos medios, bajo qué sistema están operando, cuáles son los contenidos de los mensajes que emiten, cuáles son sus objetivos y sus propósitos.

Es aquí cuando nuevamente aparece la cadena de la dependencia. Por lo general, los medios de comunicación colectiva pertenecen a los grupos de presión económica o política, que han trasladado el sistema internacional de dependencia a los ámbitos nacionales de cada país. Los medios pertenecen al sistema y el ilusorio suponer que por ellos, o gracias a ellos, podrán alcanzarse los propósitos de cambio. Los fines que persiguen generalmente las empresas industriales de la comunicación colectiva, no son de beneficio social. El propósito que persiguen es obtener utilidades económicas de las inversiones efectuadas. L. Goldmann en su libro "Investigaciones Dialécticas" (Ediciones Gallimard, París, 1959, pág. 46) sostiene que los medios de comunicación de masas pertenecen a la esfera de una ideología de clase dominante y constituyen los soportes de la ideología llamada genéricamente burguesa. Por tanto reflejarán la visión del mundo que tiene esta clase y que ella desea hacer aceptar como la única razonable, la única objetiva y por consiguiente la única universal. En la medida en que esta clase monopoliza los medios de producción y domina la estructura del poder de la información será su visión particular del mundo la que tendrá que imponerse como visión general de ese mismo mundo".

Según Armand Mattelart y Mabel Piccini, sociólogos belgas que hicieron un profundo análisis de los medios de comunicación colectiva en Chile, "la red monopolística de los medios informativos se calca sobre la red monopolística de la banca, del comercio, de la agricultura, de la industria, de la minería"... "la información, pues, no es sino uno de los numerosos productos comerciales elaborados y administrados por unos pocos grupos, guiados por la doble ley de la ganancia y la competencia. Por otra parte, el estudio de la estructura de poder de la información nos conduce a cuestionar el sentido real de la libertad de prensa y de

opinión que, en realidad, son sinónimos de la libertad de propiedad: la libertad que deja al emisor la posibilidad de dirigir a su guisa los negocios y que para el receptor corre el peligro de convertirse en una imposición de modelos de conducta, destinados a afianzar la cohesión de un sistema de dominación”.

No hace falta insistir sobre el tema. Es suficiente que recorramos la geografía latinoamericana y que recordemos las familias propietarias de los grandes circuitos de la información, todas ellas estrechamente vinculadas con los grandes intereses económicos de cada país.

Desgraciadamente, ni siquiera esos grupos de presión económica, política y cultural, son autónomos. Mantienen por la misma naturaleza de sus negocios, una estrecha relación con los centros de decisión externos. No es cuestión de buena o mala fe, ni siquiera de falta de nacionalismo o el fruto de una intención aviesa de entregarse a los centros monopolistas. Los medios de comunicación pueden existir única y solamente gracias a la publicidad, pero la publicidad es el canal que induce a los consumos de los productos elaborados por los centros industrializados o por sus intermediarios de cada país. Los propietarios de los medios tienen que ajustarse a las demandas y a las políticas que imponen los grupos dominantes, cuando no son ellos mismos los poseedores de importantes medios de producción y de servicios.

En muchas oportunidades, grupos progresistas, reformistas y hasta revolucionarios, se embarcaron en la aventura de establecer medios de comunicación, periódicos, radiodifusoras o canales de televisión, pero más temprano que tarde cayeron en el “engranaje” tuvieron que sucumbir ante el sistema o retirarse.

Obviamente, se encontrarán matices entre los grupos industriales de la prensa, que van desde la posición conservadora irrenunciable, hasta los progresistas que suelen pedir a los cuatro vientos “las reformas estructurales”, pero que cuando éstas se avizoran, tornan a su sitio primitivo de la defensa de los valores de la sociedad tradicional. Y es natural que así ocurra porque no pueden poner en peligro su propia existencia.

Bajo el marco descrito, al parecer no podría admitirse el hecho de periódicos que mantienen una actitud beligerante contra gobiernos o grupos de presión. El asunto es fácilmente explicable. Los grupos que están en el poder pugnan por el triunfo de sus intereses, procuran ganar la competencia. Los otros grupos, los opositores, luchan también por sus propios intereses, son los portavoces de los grupos de presión que no están en el poder, pero que aspiran a llegar a él. De la pugna nacen serios conflictos, pero finalmente se sustituyen unos grupos por otros, y se favorecen, a su turno, los intereses de cada cual, mientras la sociedad asiste al debate, engañada y esperanzada.

Seguramente se pueden citar excepciones. Medios de comunicación con profunda responsabilidad social. Pero nuevamente cabe la advertencia, son excepciones que por ser tales no modifican la realidad imperante. La dependencia existe, como un hecho palpable que se manifiesta por las grandes concentraciones de complejos empresariales para la información colectiva; por la información uni-

lateral e interesada de la mayor parte de agencias internacionales de noticias: por la venta de “enlatados” para la televisión que solamente en 1969, según estadísticas del gobierno de Estados Unidos, llegó a los 80 millones de dólares solamente en el mercado latinoamericano; por el mismo sistema empresarial; por la vinculación de las empresas o de las personas que las poseen, con los grupos de presión y con los sistemas de dominación externa.

Las estructuras de información colectiva, bajo esas consideraciones, pueden servir muy escasamente a la sociedad, dentro del proceso cultural. Mirado así el problema no resulta insólito que la mayor parte del tiempo y del espacio sean utilizados por los medios de comunicación colectiva en tareas de entretenimiento.

La investigación efectuada por CIESPAL, a la que se denominó “Dos Semanas en la Prensa de América Latina”, estudio de morfología y contenido de los 29 más importantes diarios de la región, demuestra que fue sumamente escaso el espacio que destinaron a la información y al análisis de los problemas económicos y sociales, mientras que fue enorme el espacio concedido a entretenimientos, deportes, o temas banales. Otros estudios, como el ya referido de los Mattelart, demuestran que una de las preocupaciones fundamentales de los medios de comunicación colectiva fue la creación de mitos, el endiosamiento de supuestos héroes —cantantes, atletas, músicos populares, artistas de cine— las grandes ficciones, capaces de no sólo atraer sino copar totalmente la atención pública, especialmente de los jóvenes, como un método de desviación de los problemas de la realidad social, política y cultural.

En otros medios, como la radio y la televisión, el espacio concedido a los entretenimientos es enorme y a veces ocupa casi la totalidad de la programación. Así se mantiene una dosificación conveniente de la información colectiva en las naciones dependientes.

El doctor Daniel Lerner, el famoso sociólogo norteamericano autor del “The Passing of the Traditional Society”, de los más destacados representantes del funcionalismo, actualmente Decano de una de las Facultades del MIT; con pleno conocimiento de la sociología de la comunicación, en un seminario convocado en Viña del Mar en noviembre del año pasado, hizo las siguientes consideraciones que se transcriben, en las partes que interesan al problema, y que son una ratificación de cómo opera el sistema de dependencia en los países de América Latina.

El doctor Lerner dijo en aquella oportunidad: “Aceptemos que la proporción expectativa/logro está en desequilibrio crónico porque en todas partes la gente está aprendiendo a desear más de lo que puede obtener. Y está aprendiendo estas exigencias principalmente por medio de esta nueva modalidad de las comunicaciones: los medios audiovisuales de comunicación colectiva, de la radio y el cine, la revista gráfica y la televisión, medio que no requieren de la disciplina de la alfabetización y cuyos productos están consumiendo los analfabetos de todos los países”.

“El proceso que así se activa está orientado principalmente hacia el consumo. Los medios audiovisuales traen ante los ojos del hombre cosas de las cua-

les nunca supo antes. Es muy natural que a medida que los pobres se enteran de estas cosas aprendan también a quererlas para sí. ¿Quién puede ver alimentos, ropas, hogares, salud y educación de mejor calidad y oír lo que al respecto se dice, y no desear estas cosas mejores? Es así cómo se han formado las “aspiraciones crecientes” durante las dos décadas pasadas.

“Pero para colmar estas aspiraciones se necesita algo más que un programa audiovisual. Las exigencias que pueden crearse en una hora con una película o por televisión tardan generalmente años, y hasta decenios, en satisfacerse. Por esta razón las aspiraciones han superado constantemente a los logros; la proporción expectativa/ logro está en desequilibrio crónico y hay que reconsiderar profundamente el nuevo estilo de las comunicaciones colectivas por medios audiovisuales”... “Con este nuevo estilo de comunicaciones se propaga la revolución de “frustraciones crecientes” entre los que aprenden a querer más de lo que pueden conseguir”.

Siguiendo la línea de su pensamiento y plenamente consciente de lo que ocurre en realidad en las sociedades dependientes, el profesor Lerner propone como solución lo siguiente: “Debería crearse una Junta de Comunicaciones Públicas encargada de promover las informaciones que asocien la recompensa de la persona con el esfuerzo propio. Su propósito sería mantener en cada país una satisfactoria proporción expectativa/logro. A fin de colmar este propósito la Junta debería estar autorizada para escuchar transmisiones actuales de los medios de comunicación y censurarlas cuando fuere necesario”. (Libro publicado por el Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura, de la Organización de Estados Americanos, págs. 5 y 6, Washington, 1970).

El sistema propuesto por el profesor Lerner existe. Solamente que la dosificación de la información, para evitar la revolución de las “frustraciones crecientes”, no la ejerce una Junta Supranacional o Nacional, la ejercen los grupos de presión económica y política.

Los anotados no son los únicos problemas estructurales de la comunicación colectiva. Por desgracia son muy numerosos. Con el propósito de no invadir los campos sobre los que disertarán los demás señores expositores, daré término a mi intervención, para escuchar sus comentarios y las palabras más doctas de quienes concurren a este seminario.